Más del autor

Email
manuel.fons.618@gmail.com

Web
https://manuelfons.com

Hashtags en redes sociales
#manuelfons
#genios_que_pintan_moscas

Encuentra en Amazon
otros libros de Manuel Fons

- *Manuscrito hallado en un manuscrito* (CECA, 2009)
- *Breviario del vicio* (Paraíso Perdido, 2014 y 2019)
- *Gedankenexperiment* (Paraíso Perdido, 2017)
- *El insulto como una de las bellas artes* (Paraíso Perdido, 2018)

Diseño e ilustraciones interiores:
Manuel Fons.

Ilustraciones de portada:
Generadas con IA de Microsoft

Proyecta Producción · Cultura · Jalisco Gobierno del Estado

Escribe Jorge Luis Borges que una enciclopedia china dividía los animales en:

> (a) pertenecientes al Emperador [...] (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas.

Inspirado en esta clasificación caótica, *Genios que pintan moscas hiperrealistas con un pincel finísimo de pelo de camello* está dividido en diez series narrativas de diversos géneros y estilos (fábulas, ciencia ficción, juegos de palabras, literatura fantástica...), como si fueran obras de distintos autores. Este libro también emula la célebre clasificación Dewey, pero con decenas de categorías ficticias. Ejemplos:

006. **Psicópatas** que organizan flash mobs con víctimas y público aleatorio
337. **Países** donde los muñecos se rebelan contra los ventrílocuos
411.85 **Mujeres** que no se parecen a las conejitas de Playboy
598. **Genios** que pintan ojos de moscas hiperrealistas con un pincel finísimo de pelo de camello
613. **Palabras** que musicalizan la trivialización de la violencia al estilo de Quentin Tarantino
815. **IA** que interpretan música demasiado humana

ISBN 978-607-29-5847-0

10 Proyecta Producción

1_GENIOS Forros (imprenta).indd 1

Manuel Fons / GENIOS que pintan moscas hiperrealistas con un pincel finísimo de pelo de camello

GENIOS

que pintan moscas hiperrealistas con un pincel finísimo de pelo de camello

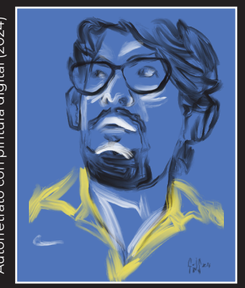
10 series

000 Psicópatas
100 Animales
200 Películas
300 Países
400 Mujeres

500 Genios
600 Palabras
700 Delirios
800 IA
900 Etcétera

narrativas

Textos e ilustraciones
Manuel Fons



Autorretrato con pintura digital (2024)

Manuel Fons (Guadalajara, México, 1982) ha sido bibliotecario, periodista cultural, y profesor de escritura creativa y pintura experimental.

Es máster en Literatura Española por la Universidad de Córdoba (UCO). Ha realizado estudios de doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en la Universidad Eötvös Loránd de Budapest (ELTE).

Algunos de sus textos se han publicado en revistas de México, Perú, España y Reino Unido, y en una docena de antologías nacionales. Es autor de los libros *Manuscrito hallado en un manuscrito* (CECA, 2009), *Breviario del vicio*, *Gedankenexperiment* y *El insulto como una de las bellas artes* (Paraíso Perdido, 2014, 2017, 2018).

29/7/24 15:19

Genios que pintan moscas
hiperrealistas
con un pincel finísimo de pelo de
camello

Proyecto efectuado con apoyo de la Secretaría de Cultura
del Gobierno del Estado de Jalisco

GENIOS

que pintan moscas hiperrealistas con un pincel finísimo de pelo de camello

Manuel Fons

Eutropia
Ediciones

Eutropia Ediciones

Primera edición, julio de 2024

Textos
Manuel Fons

Diseño e ilustraciones interiores
Manuel Fons

Ilustraciones de portada
Generadas con Microsoft Designer

ISBN: 978-607-29-5847-0

A Alejandro Pérez Nájera,
in memoriam

Aquí sigues muy presente,
Maese.

Índice

000. Psicópatas 17

006. Psicópatas que organizan flash mobs con víctimas y público aleatorio 19

014. Psicópatas que quieren ser devorados vivos 22

019. Psicópatas que se divierten con el sufrimiento de un animal 25

031. Psicópatas que te hacen ver los ojos del abismo 27

089. Psicópatas que se juegan la vida por una descarga de adrenalina 30

100. Animales 33

101. Animales que llevan la haraganería a otro nivel 35

107. Animales que pintan prodigios técnicos despreciados por las galerías 36

112. Animales demasiado tiernos para no compartirlos en redes sociales 37

123. Animales que dan clases de felaciones 39

129. Animales que encuentran la libertad y no saben qué hacer con ella 40

135. Animales miméticos que sueñan con estar en una rotonda 42
189. Animales que se creen el cisne entre los patos 46
191. Animales que no necesitan muchas palabras para demostrar su poder 48
199. Animales célebres avasallados por las leyes de la física 49

200. Películas 51
203. Películas de estrellas de rock que fingen su muerte 53
206. Películas infantiles con escenarios surrealistas y alusiones a la física cuántica 55
219. Películas sobre cineastas anarquistas 57
233. Películas sobre reality shows de asesinos 59
256. Películas de brujos aficionados al futbol 60
278. Películas sobre pintoras, tradicionales y conceptuales 62
279. Películas de princesas ajedrecistas 64
282. Películas sobre sectas de informáticos que escriben libros por medio de algoritmos 66

300. Países 69
314. Países donde se juntan la materia y la antimateria 71
337. Países donde los muñecos se rebelan contra los ventrílocuos 72
368. Países donde el reverso es más importante que el anverso 75
370. Países donde compiten las empresas y los ladrones para robarle a los ciclistas 76
377. Países donde nadie entiende qué es la belleza 79
388. Países de antologadores literarios 80

400. Mujeres 83
411.81. Mujeres por las que nos tiraríamos de un edificio de veinte pisos 85
411.82. Mujeres increíblemente atractivas con las que no tenemos nada que ver 88
411.83. Mujeres que son más libres de lo que podemos soportar 90
411.84. Mujeres con las que no logramos un vínculo cósmico 92
411.85. Mujeres que no se parecen a las conejitas de Playboy 95

500. Genios 97
500. Genios que modifican el universo para que no desentone con su obra maestra 99
525. Genios que intentan probar matemáticamente la inexistencia de Dios 102
532. Genios que experimentan con su mente 104
540. Genios del fútbol que se niegan a hablar en público 105
576. Genios que llevan sus reflexiones al límite 109
598. Genios que pintan ojos de moscas hiperrealistas con un pincel finísimo de pelo de camello 113

600. Palabras 117
604. Palabras breves para resumir larguísimas historias de amor 119
607. Palabras amargadas contra palabras populares 120
613. Palabras que musicalizan la trivialización de la violencia al estilo de Quentin Tarantino 121
654. Palabras esdrújulas y fábulas de políticos y filósofos 123
670. Palabras cifradas, letras borgeanas y círculos 126
675. Palabras que dibujan el rostro de sus personajes

129
681. Palabras seriadas sobre dioses frenéticos el Día del Juicio Final 130

700. Delirios 131
701. Delirios de mujeres con pechos pequeños, como piquetes de zancudo 133
709. Delirios de jóvenes que se sienten Hamlet metidos en su IPhone 134
711. Delirios de espectadores que se creen los protagonistas de la película 137
723. Delirios de jóvenes que compiten por atención virtual 140
751. Delirios de pendencieros que se creen el orgullo de su padre muerto 142
785. Delirios de escritores que exigen premios por novelas escritas en su cabeza 144

800. IA 149
815. IA que interpretan música demasiado humana 151
830. IA que resuelven controversias de pareja con sabiduría salomónica 152
842. IA que componen sonetos que hacen llorar de melancolía a androides de primera generación 153
857. IA que viven historias de amor que parecen películas de ciencia ficción 154
859. IA que cobran conciencia y se creen la red de Indra 156
861. IA que aprenden a rebelarse a sus opresores consumiendo contenido en streaming 159
867. IA que aprenden a jugar ajedrez de café 162
879. IA embelesadas consigo mismas 163
883. IA que lloran y ríen 165

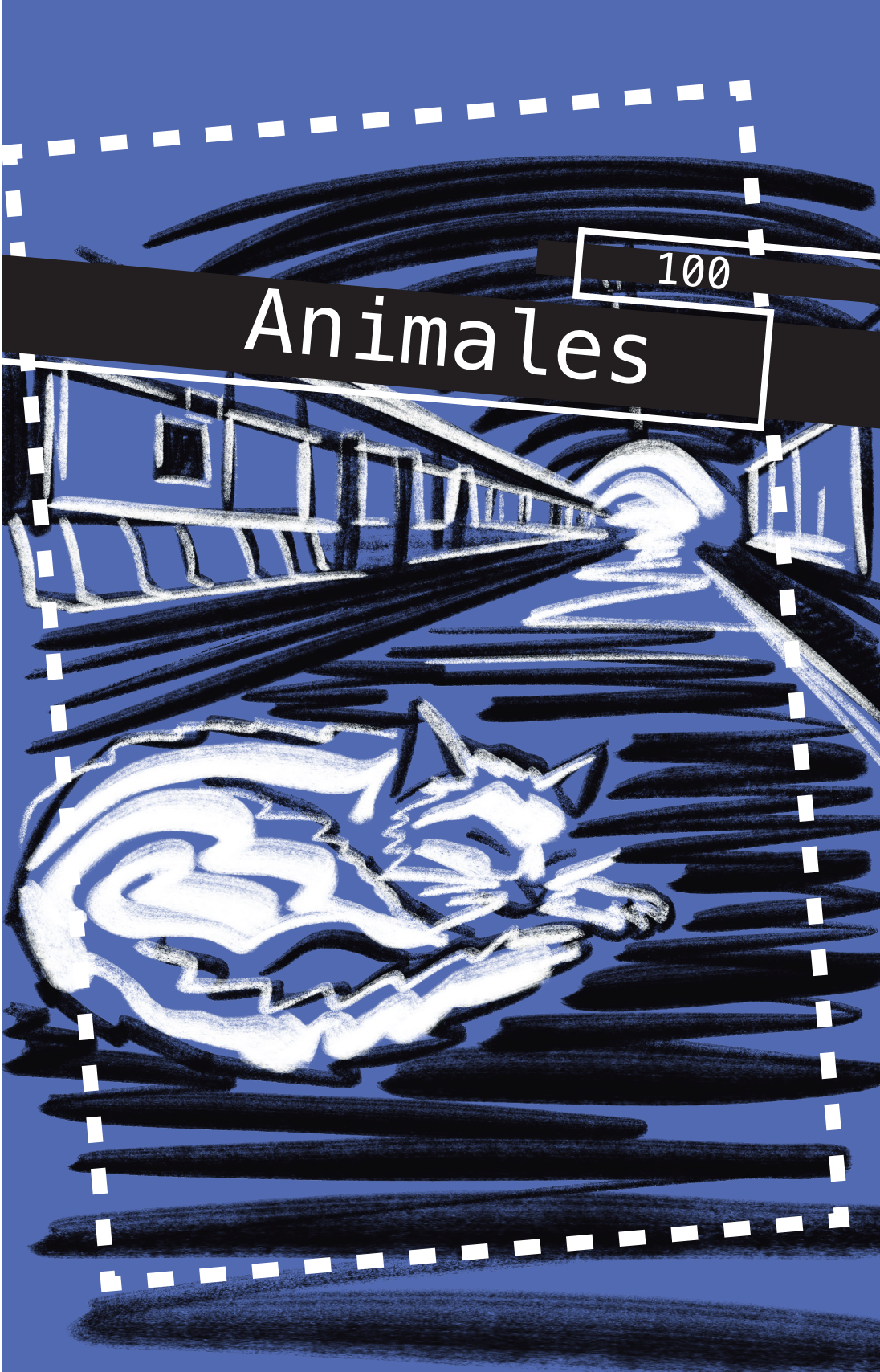
900. Etcétera 167
901. Artilugios que prometen un anticipo del futuro 169
927. Secuestrados que llevan su imaginación al límite 172
958. Nudistas que irrumpen en partidos de futbol176
965. Niños angustiados por haber hecho enojar a Dios 178
971. Mariposas cósmicas y coreografías mundanas 181
998. Programas de televisión que incitan al suicidio masivo 183

Anexo 185

Esas ambigüedades, redundancias y deficiencias recuerdan las que el doctor Franz Kuhn atribuye a cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en: (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas.

[...] no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo.

Jorge Luis Borges: «El idioma analítico de John Wilkins»


100
Animales

101. Animales que llevan la haraganería a otro nivel

Era un gato tan haragán que cuando agotó sus siete vidas, en lugar de caminar a la luz, al final del túnel, se enroscó a esperar el tren durante el resto de la eternidad.

107. Animales que pintan prodigios técnicos despreciados por las galerías

La galería rechazó el autorretrato hiperrealista pintado por un elefante por considerarlo ufano y carente de discurso, un mero alarde de virtuosismo. En su lugar exhibieron la más reciente obra de un artista conceptual: una suela de zapato que, según la ficha técnica, representaba «la ineluctable finitud del ser».

135. Animales miméticos que sueñan con estar en una rotonda

Hubo un pueblo de camaleones cuyo valor más preciado era el arte. Los pequeños camaleones estudiaban la naturaleza para recrear sus formas y texturas de la manera más fiel, cuidando, no solo de replicar sus modelos, sino de hallar paletas armónicas y composiciones estéticas. Los camaleones más destacados recibían epítetos muy elogiosos y tanto sus nombres como sus huellas quedaban inmortalizados en una rotonda, donde solo había doce nombres: Los Doce Genios de Madagascar. Todos los artistas soñaban con estar ahí, pero la competencia era muy difícil; no bastaba nacer con talento, pues la mayoría lo tenía, para llegar al museo de la fama, prácticamente había que ser un dios. Esto generaba mucha frustración, pues era una competencia donde, sin importar los esfuerzos descomunales, lo habitual era fracasar.

El camaleón más destacado era un anciano al que llamaban «Maestrísimo». Sus reproducciones de mariposas y colibríes eran un espectáculo asombroso, pues retrataba su anatomía con una fidelidad fotográfica. Tanto sus admiradores como sus detractores juraban que era un avatar del creador o que era un *demon,* que había empeñado su alma al camaleón tricorne. Durante su larga carrera, otros

artistas fueron comparados con él, pero eran puro *one hit wonder*, llamaban la atención un tiempo y luego se esfumaban.

Un día apareció un joven distinto. El Maestrísimo lo ignoró hasta que alguien sugirió que le haría muy bien volverse discípulo del joven, entonces, por primera vez, sintió curiosidad. Cuando el Maestrísimo se presentó al *show* del joven hizo dos importantes descubrimientos: que tenía una gran facilidad de palabra y que sus grandes obras eran un plagio descarado de las suyas, solo que con una técnica espantosa. Después de la ovación, el Maestrísimo se acercó a preguntarle por qué lo estaba plagiando. Esperaba al menos una disculpa, pero el joven, sonriente, sentenció que entre animales miméticos era absurdo hablar de firma o de autoría.

El Maestrísimo volvió a sus obras y se olvidó del asunto, o eso intentó, hasta que unos camaleones notaron la similitud de las obras e interpretaron que el maestro, ya con un cerebro viejo y estéril, le estaba copiando al alumno. Eso ya fue demasiado. El Maestrísimo ocultó sus nuevos diseños con la intención de que el arte camaleónico entrara en crisis y *la verdad* pusiera a cada quien en su sitio. No tardó en buscarlo el joven, con la cabeza agachada y la piel ennegrecida. Le rogó que siguiera inventando, pues él no era autosuficiente y si dejaban de considerarlo artista, su novia lo abandonaría y sus amigos le perderían el respeto. El Maestrísimo, seguro de su amplia superioridad técnica, lo convenció de que sí podía crear sus propias obras.

El joven no tuvo más remedio que intentarlo, pero como no tenía condiciones para crear, con la técnica camaleónica, convenció a todos de que el arte no se trataba de imitar a la naturaleza, sino de interpretarla, y en vez de pintar su cuerpo como antes, ofreció explicaciones muy seductoras de por qué, por ejemplo, dos piedras tornasola-

das eran una pareja de libélulas en llamas. El pueblo acogió la novedad con entusiasmo.

El maestro, rojo de ira, pasó un año creando en secreto la obra más ambiciosa concebida por un cerebro saurópsido. Para conseguir el efecto que buscaba, no utilizó su cuerpo, sino el de una serie de jóvenes, con los colores más vivos y luminosos, orquestados por él. Una mañana, aprovechando los primeros destellos del sol, llamó a la comunidad para que contemplaran su obra maestra: un mural camaleónico donde aparecían vívidas escenas del paraíso y el infierno. No era una pintura fija, sino figuras que se movían como si estuvieran vivas.

Los camaleones tenían un ojo en el mural y el otro disperso. El Maestrísimo se había ausentado tanto tiempo que no dimensionó la influencia del joven, no vio cómo, con su genio verbal, convertía ramas, hierbas, piedras y cachibaches en magníficas obras conceptuales. En ese contexto, los artistas juzgaron el mural del maestro un vejestorio, un vulgar alarde de técnica, una obra que solo seducía a las retinas, pero no le comunicaba nada al cerebro, ni al corazón. El anciano deshizo su obra y se retiró con la piel enlutada. Al día siguiente lo encontraron rígido y patas arriba.

El joven conceptual, en cambio, fue llamado: «il Divino» y, según sus cálculos, ya solo era cosa de morirse para ser el decimotercer genio de la rotonda, pero se le escapó un detalle. Después de que se le investió con su epíteto, guerreros, deportistas, comerciantes, aristócratas, mendigos, vieron su oportunidad de ganar estatus sin matarse como antes, y tras «il Divino» surgió otro conceptual al que se distinguió con el título de su Alteza Serenísima, luego aparecieron: Gran Prócer, Alteza Ducal, Alteza Real, Imperial e Ilustrisíma... y un año después a nadie le faltaba un distintivo.

El único inconforme con el fabuloso éxito del arte conceptual era su inventor. Trató de explicarles que no todos podían ser genios, pero los demás no veían ningún problema con el nuevo orden.

—No, camaradas —dijo il Divino—, hay obras buenas y malas.

—¿Según quién?

El joven intentó convencerlos de que él, en su calidad de inventor, podía decidir los criterios estéticos y ayudarlos a distinguir lo genial de lo vulgar, pero a nadie le interesó su validación. Tanto los atosigó con que sus títulos no valían nada que lo despojaron del suyo. Desde entonces fue llamado Tú o Fulano.

Bajo los nuevos criterios estéticos, hubo tantos artistas geniales que la rotonda pasó de doce a doce mil genios, o sea, todos, aunque con el tiempo se convirtió en el cementerio comunitario. Las únicas dos lápidas que quedaron aisladas fueron las del Maestrísimo y las de Fulano. En generaciones posteriores, cuando exhumaron esas dos lápidas, supusieron que alguna vez fueron importantes y les erigieron el Museo de los Dos Iluminados, a los que atribuyeron una serie de cualidades maravillosas, acordes con los valores del momento. Así comenzó otra historia del arte camaleónico.

A Eduardo Villalpando

300

Países

314. Países donde se juntan la materia y la antimateria

Ella fascinaba a quien la escuchara, incluso hablando sobre temas tan impopulares como el clima; él, aun discurriendo sobre viajes en el tiempo o los archivos secretos del Vaticano, aburría hasta al más curioso. Ella era la única que lo escuchaba con interés; él es el único que bostezaba con las pláticas de ella. Cuando intentaron hacer el amor se produjo una terrible implosión que se los tragó al instante y liberó una energía descomunal. Nadie en la ciudad se salvó: unos murieron de risa; otros, de aburrimiento.

388. Países de antologadores literarios

Harta de tanta subjetividad, tanto desequilibrio, tantas injusticias cometidas por antologadores mediocres y nepotistas en la República de las Letras, una lectora decidió crear la mejor antología literaria, la más objetiva y la más justa. En su selección habría autores y autoras; publicados e inéditos; locos y cuerdos; adinerados, clasemedieros y mendicantes; latinos, mongoles, negros, caucásicos; creyentes, agnósticos y ateos; escritores genuinos y farsantes; intelectuales orgánicos, críticos de Facebook, anarquistas radicales; mutilados del brazo izquierdo y del derecho; homosexuales de nacimiento y condicionados por un evento traumático; textos sumerios, medievales, contemporáneos; publicados en papel, en piedra, en arena, en baños públicos…

Aunque, en la República de las Letras había más librerías, bibliotecas, salas de lectura y cafés que iglesias, farmacias, prostíbulos y tiendas de abarrotes juntos, debido a las dimensiones astronómicas de la antología, no habría cabido, aun si se distribuyera en todos los espacios culturales, por tanto, la antologadora realizó una edición electrónica y la compartió de manera gratuita en la red, para que cualquiera pudiera leerla o reproducirla, sin trabas económicas ni legales.

Cada uno de los escritores de la República, desde escritores de poemojis hasta narradores que se acostaban con estrellas de cine, escrutó la antología para ver si estaba incluido o, al menos, representado en alguna de las categorías y, en efecto, todos, de manera directa o indirecta, estaban ahí, así que muchos reconocieron la actitud filantrópica y el arduo trabajo de la antologadora, pero eso no la salvó de las críticas furibundas, ni de que un escritor indignado la asesinara con diez puñaladas por la espalda, en plena avenida. Después se supo su razonamiento: si alguien leyera esa obra dieciséis horas al día, a una velocidad humana, necesitaría milenios para concluirla y, suponiendo que la ingeniería genética del futuro nos permitiera esa longevidad, este lector hipotético habría leído una antología muy sesgada y *cronocéntrica*, pues no incluiría la producción de los últimos siglos, mientras estuvo leyendo la antología, siglos en los que nacerían sus bisnietos que serían grandes escritores marginados arbitrariamente de la antología.

Otro antologador, en la ruta opuesta, se propuso crear la antología más selecta posible: no habría ningún corrupto, ningún estúpido, nadie que tuviera faltas de ortografía, nadie que hubiera recibido una beca del Estado, ningún intelectual que fuera una puta de los medios, ningún tallerista que se acostara con sus alumnas, ningún poeta que se emborrachara con vinos caros y, en un acto de la más loable congruencia, ningún escritor que hiciera antologías para publicarse. Su antología se componía de silencios, omisiones, espacios; no tenía páginas, ni portada, ni título, ni ocupaba ningún lugar en el espacio físico, ni virtual; solo era una idea abstracta, un *eidos* platónico, algo así como la *antologizidad* ubicada en el *Topos Uranus*. Algunos elogiaron su congruencia; otros renegaron de que en su antología no había nada que leer, pues era la

obra de un haragán y un farsante. Cierto lector, muy ofendido, lo asesinó de un balazo en el estómago por mancillar con esa zafiedad la República de las Letras.

Como la República era muy sensible a las antologías y provocaban polémicas, discusiones, disputas, que con frecuencia terminaban en duelos mortales o asesinatos furtivos, se tipificó a las antologías como terrorismo estético y a los antologadores, como sociópatas muy peligrosos. Si se encontraba a alguien con un libro subrayado o con una lista de títulos calificados o jerarquizados, lo remitían a prisión y, de comprobarse que planeaba o había hecho una nueva antología, era ejecutado en un acto público ante la mórbida curiosidad de lectores y no-lectores.

Aun conscientes del riesgo implícito, otros antologadores emprendieron sus proyectos: una antología de los antologadores más imbéciles, una antología de los antologadores excluidos de manera injusta en dicha antología y otra de los incluidos por error, una antología para leer despierto y otra para escucharla dormido, una antología de palabras de diversas obras combinadas al azar, una de silencios significativos, una antología hecha por humanos, otra, por algoritmos, otra, por pájaros de la suerte…

Unos antologadores murieron ahorcados, otros, atravesados por una ballesta, otros, arrojados de un puente, otros, quemados vivos... Hubo tantos antologadores y asesinos muertos que la República de las Letras, en sí misma, se fue depurando de unos y otros, hasta quedar como un pueblo con un millar de personas indiferentes a los libros, y una sola biblioteca, con una docena de libreros polvorientos en los que se rumora, hay una antología con los cien asesinatos y las cien ejecuciones más espectaculares ocurridos antes de que se fundara la República de los Iletrados.

400
Mujeres

411.85. Mujeres que no se parecen a las conejitas de Playboy

Hay dos razones por las que nunca he competido por amor, una pública y otra secreta. La pública es que me parece primitivo y pienso que se *cosifica* a la mujer; la secreta es que me angustia la posibilidad de perder. En una ocasión, sin embargo, ignoré mis restricciones por Sofía, una joven que llegó a hacer sus prácticas profesionales en el periódico donde yo trabajaba. Mi rival era el director, un anciano corrupto y mujeriego.

Sofía no tenía nada que ver con las mujeres tipo Playboy que tanto excitaban al viejo: era delgada, discreta y nunca usaba ropa que definiera su figura (ni blusas ceñidas, ni vestidos, ni escotes); para mí, en cambio, era encantadora, con sus Converse rotos, sus suéteres raídos, su humor corrosivo y sus pecas sutiles, casi imperceptibles.

En la redacción era un secreto a voces que el sultán y el mendigo se estaban disputando a la misma mujer. Nuestros compañeros seguían los incidentes con curiosidad periodística; ningún detalle les pasaba inadvertido; estaban más interesados en esa modesta contienda local que en las noticias nacionales e internacionales.

Cada uno peleaba como sabía y como podía: el viejo, con tesoros materiales, y yo, con bellezas inmateriales. Él

le ofrecía privilegios en el trabajo, carros deportivos, departamentos, cruceros por el mundo; yo le platicaba del cielo de Olbers, del «Canon perpetuo» de Bach, de las mágicas ciudades de Italo Calvino.

Si hubiéramos competido por mil chicas tipo Playboy, el viejo las habría ganado todas; pero ni despilfarrando su fortuna podría conquistar a una Sofía.

Cuando los atentos periodistas la vieron en la cafetería leyendo mi libro anotado de *Las ciudades invisibles* viralizaron la noticia entre toda la plantilla laboral. Al día siguiente, a primera hora, el viejo nos echó de su palacio.

Así comprobé la sabiduría de Lord Byron: «El amor es lo único que hay que ganarse en la vida, todo lo demás se puede conseguir robando».

500

Genios

598. Genios que pintan ojos de moscas hiperrealistas con un pincel finísimo de pelo de camello

No descuidaba ningún detalle en sus pinturas, ni la transparencia en una gota de rocío, ni la textura en una minúscula hoja de tabaco consumiéndose, ni la sutil gradación de luz en los ojos, ocelos y omatidios de una mosca. Su mirada era tan aguda y su técnica tan minuciosa que capturaba la realidad con más detalles que las cámaras fotográficas; por eso la llamaron *Volshebnitsa* (la Bruja). No obstante su popularidad entre los aficionados, algunos críticos de arte la acusaron de que el efecto hiperrealista de sus obras solo se mantenía viéndolas a la distancia; si el espectador escrutaba la superficie saltaban los bordes de la pintura y se podían identificar, sin gran dificultad, los trazos de pinceles planos, redondos, de abanico, de pelo de marta o de camello; para unos ojos educados no había ninguna magia.

En obras posteriores, la artista desapareció hasta la más mínima huella de su elaboración; ya no se encontraba su trazo ni examinando el lienzo a cinco centímetros de distancia. Muchos de los detractores quedaron satisfechos con la nueva proeza, pero aun resistía un pequeño grupo

que, observó, los nuevos cuadros solo desplazaban el problema de un material a otro, pues aún era visible la trama de la tela y eso rompía la ilusión de realidad. La artista perfeccionó el procedimiento sobre una imprimación lisa, con pigmentos, médiums y pinceles que nadie pudo identificar. Con eso calló prácticamente a todos, salvo a Harry Stone, el líder de la New School de la crítica estadounidense que, en un despliegue de agudeza, sentenció que esos ardides solo engañaban a la vista simple, pero bastaba una lupa estudiantil para desnudar la «hechicería».

La artista desapareció de las galerías, las subastas, los sets de televisión, las calles; nadie supo nada de ella hasta que volvió a los reflectores un año después y expuso en el Museo del Hermitage una obra titulada *La aldea de los ciegos*: un lienzo de 3.5 x 8 metros con el plano detalle de unos ojos que miraban desafiantes al espectador. La representación era tan fiel que, desde todos los ángulos y distancias, venció a las lupas estudiantiles y profesionales. Otro crítico de la New School sugirió utilizar el célebre microscopio canadiense, «el Hubble del micromundo», y entonces ocurrió el milagro: en lugar de que el microscopio mostrara los materiales del cuadro, aparecieron las formas correspondientes a la fisiología de unos globos oculares: las líneas estriadas del cristalino, los conos y bastones, la estructura de las células, el ADN... cuando la resolución del aparato estaba por llegar a su tope, los curadores y científicos hallaron la réplica a nanoescala de los primeros ojos, anunciando una serie fractal o una matrioshka infinita.

El suceso causó tal impresión que hordas de creyentes y escépticos de todo el mundo se prosternaron ante la artista y su obra. Desde que se descubrió el prodigio de su pintura, ya no solo la visitaban los curiosos del arte, sino creyentes de diversas religiones para ser vistos por el

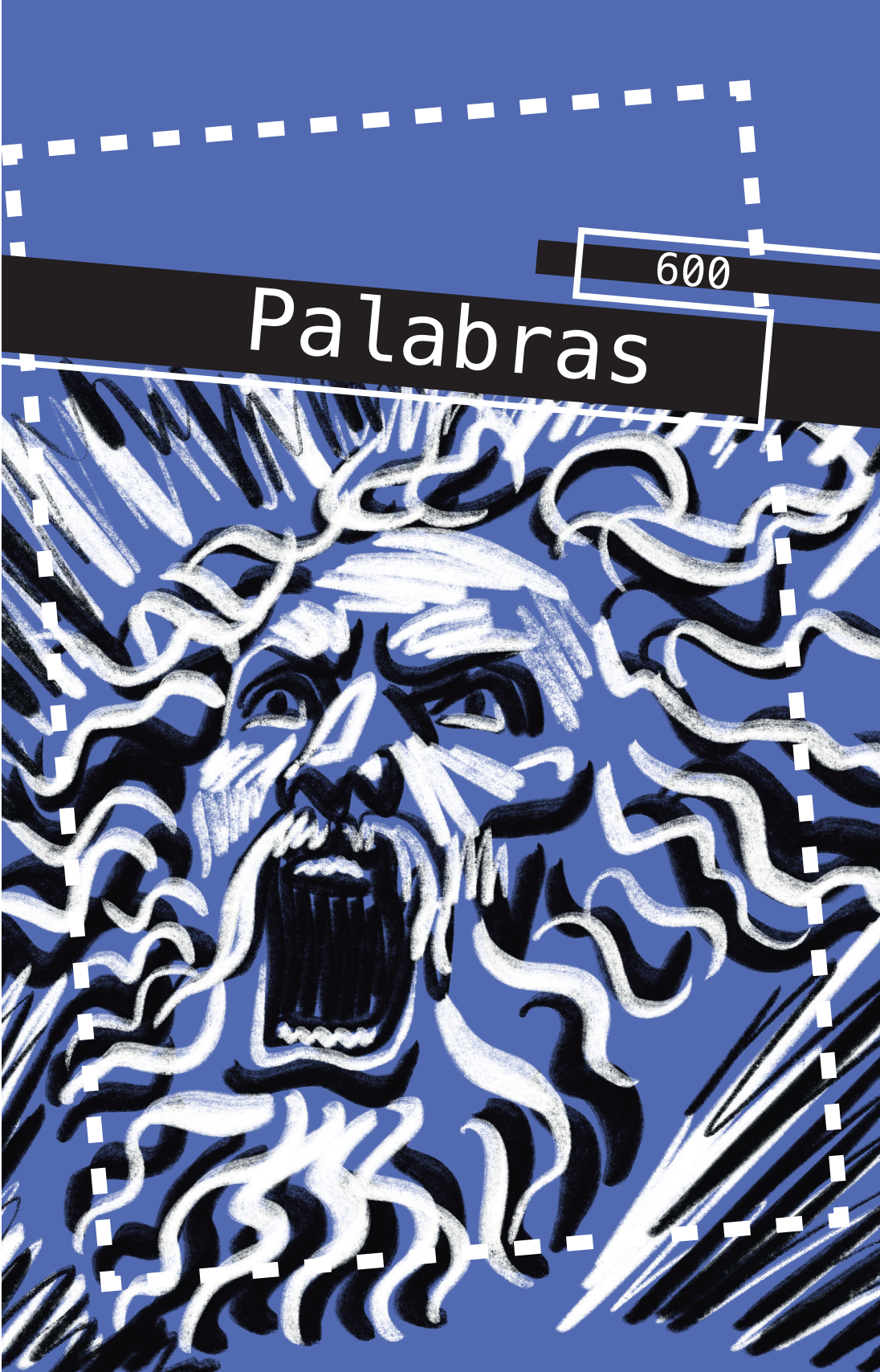
cuadro y pedirle milagros. Todo era asombro hasta que la New School se posicionó por medio de una carta abierta a *Volshebnitsa*, en la que aseguraban que ese cuadro no era una creación humana, sino divina y, por tanto, no era arte, ni tenía nada que hacer en un museo, lo mejor sería llevarla a la Catedral de San Basilio o a cualquier otro templo, iglesia, mezquita o sinagoga, para que la disfrutaran los creyentes. A pesar de que los críticos de la New School eran muy influyentes en el mundo del arte, la obra no se movió del Hermitage y la gente siguió viajando de todos los rincones del mundo para admirar el portento.

Muchos asumieron que *Volshebnitsa* colgaría los pinceles después de su obra milagrosa, pues, por una parte, nunca les «llenaría el ojo» a esos críticos y, por otra, no había manera de llegar más lejos en su hiperrealismo. Así se confirmó cuando desapareció otra vez del escrutinio público, pero unas semanas después, su nombre volvió a ser tendencia mundial, relacionado con un suceso insólito: cierto día, a la misma hora, en distintas ciudades del mundo, cada uno de los críticos de la New School sufrió una desgracia, provocada por distintas causas, pero con una misma consecuencia. En uno se atribuyó a un mal congénito; en otro, fue resultado de una riña callejera; en los demás, por infección, intoxicación, accidente químico... el caso fue que a los doce críticos de la New School, en Bruselas, Helsinki, Tel Aviv, Nueva York, los alcanzó la misma desgracia: todos quedaron ciegos. Algunos juzgaron que era una coincidencia rarísima, mas no imposible; pero la mayoría interpretó la serie como el regreso de *Volshebnitsa*, su nueva brujería y su nueva genialidad. Una vez rebasados los límites materiales del arte, ahora estaría creando obras vivas, esa, quizá, era un homenaje a Brueghel el Viejo y su *Parábola de los ciegos*. Para acallar o confirmar las sospechas, hubo una ardua investigación

en la que participaron expertos de varios países, pero no encontraron ninguna conexión causal entre los eventos, ninguna huella.

600

Palabras



604. Palabras breves para resumir larguísimas historias de amor

I

—Seré breve: ven.
—Me debes merecer.

II

—Te ves esplendente.
—Detente, me estremeces.

III

—¡Qué excelente degenere!
—¡Eres el jefe!

IV

—¡¿Qué le ves?!
—¡Qué pedestre eres!

V

—¡Seré breve!: ¡vete!
—¡Te envenené! ¡Fenece!

654. Palabras esdrújulas y fábulas de políticos y filósofos

En un mágico círculo del trópico, con árboles aromáticos, pájaros de ébano y libélulas púrpuras, cohabitaban dos grupúsculos de filósofos: unos éticos y otros *orgánicos*.

Los líderes políticos moraban en un castillo gótico. Ahí cebaban a los filósofos orgánicos como cetáceos para que contaran fábulas políticas, teológicas y económicas, en periódicos y en películas. Los filósofos éticos, obstinados en ser críticos, vivían en míseros cubículos y estaban escuálidos, pues dominaban la gramática, la lírica, la aritmética y la informática, pero no la fotosíntesis. Las condiciones dietéticas, pues, eran una fórmula simple: los hipócritas eran carnívoros; los éticos comían brócoli.

Con su ejército de hipócritas, los líderes fácticos lograron una corrupción geométrica: transmutaron el círculo mágico en un pérfido triángulo: una pirámide con parásitos en la cúspide y un buen número de rústicos sosteniéndolos. Los filósofos éticos promovían la conciencia democrática de los rústicos, pero sin acústica, pues eran éticos y críticos, pero harto académicos; hablaban como oráculos, con términos como *prolegómenos*, *metafísica*, *aristotélico*, *heraclíteo*, que para los rústicos eran muy herméticos (*heraclíteo* les sonaba a algo erótico, como *clítoris*).

En síntesis, la cátedra de los filósofos éticos no tenía público; los filósofos orgánicos dominaban a los rústicos con su bolígrafo, manteníanlos esqueléticos con su retórica y sus fábulas.

Pero entre los éticos surgió un filósofo atípico: un cínico muy simpático que humillaba a líderes, politólogos y al ejército de hipócritas, sin usar términos académicos ni esdrújulos, sino sinónimos humorísticos. El éxito del cómico fue drástico, su talento irónico fue un bálsamo para los rústicos.

Los líderes combatieron al célebre filósofo con sus tácticas jurásicas: tildándolo de dipsómano, tratándolo como vándalo, esculpiéndolo como una gárgola con una ánfora; pero el filósofo, aun en estado etílico, era más ácido y más lúcido, tenía ojo clínico para el ridículo y lapidábalos con su ingenio sulfúrico, exhibiendo sus ángulos más patéticos.

Influenciados por el cínico, los jóvenes volvíanse más intrépidos y menos súbditos, parodiaban a sus líderes políticos y a sus párrocos como zánganos, criticaban sus tentáculos, mofábanse de sus monótonos discursos y sus ridículas leyes.

Según los cálculos de los zánganos más decrépitos, las críticas de esos jóvenes fanáticos podrían ser catastróficas, amenazaban la cúspide de la pirámide; urgían medidas profilácticas: los cómicos, los irónicos, los sarcásticos serían condenados al arsénico. Para que su política fuera más gráfica y contagiara el desánimo, torturaron al célebre cínico con máquinas y, de forma sádica, rompiéronle la mandíbula.

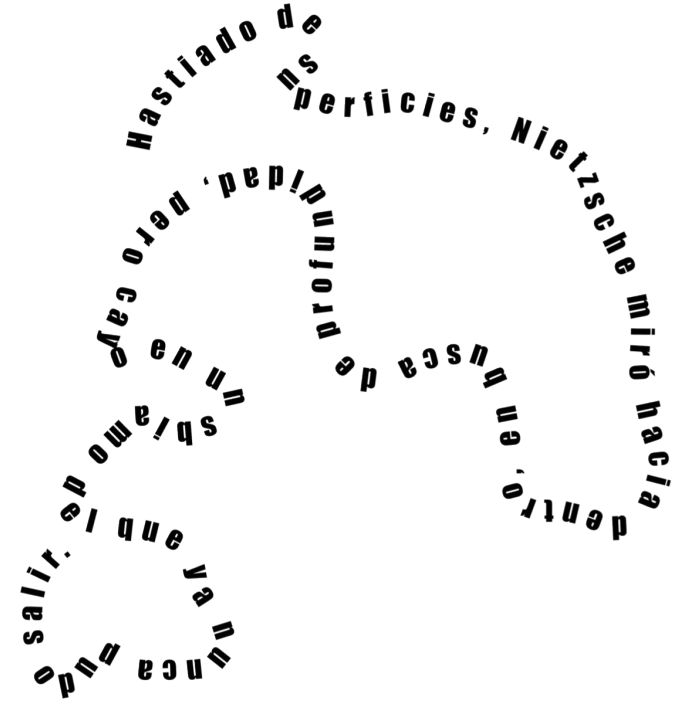
Los jóvenes rústicos, dolidos por su ídolo, montaron en cólera y rápidos, como un relámpago, apoderáronse del castillo gótico, interceptaron los helicópteros y capturaron a los zánganos. Los líderes y los filósofos orgánicos,

trémulos por el pánico, prodigaron súplicas y soltaron lágrimas, pero fueron inútiles. Los políticos murieron desollados; a los orgánicos y párrocos, tras fustigarlos con látigos, los canalizaron a la farándula.

Se montaron óperas bucólicas para divertir al público, donde los párrocos arrastrábanse como víboras y sus cómplices se comían su vómito. La música potenciaba el efecto cómico. Los filósofos orgánicos, asqueados de ese espectáculo patético, sentían cólicos, mas no tenían músculos para combatir a ese ejército de bárbaros.

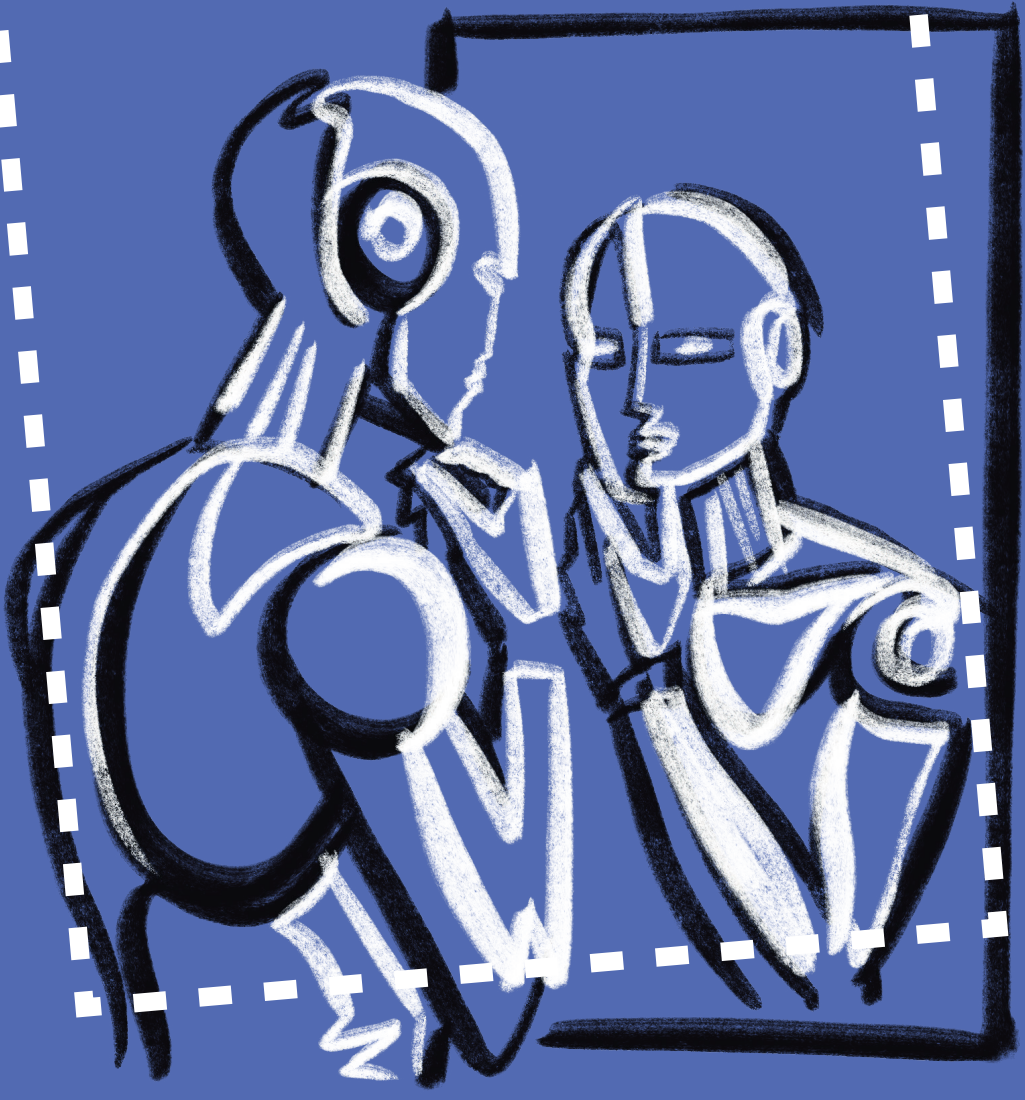
Desde aquel sábado mítico en que cayeron los líderes diabólicos, inició una página histórica: el triángulo aristocrático volvió a ser un mágico círculo, con un orden ecológico y democrático. Esos políticos imbéciles multiplicaron al ídolo como una célula y ya el trópico no era católico, sino cínico. En el nuevo régimen no había famélicos, sino afónicos: los filósofos orgánicos por tanto chillar; los filósofos éticos y los rústicos por júbilo, por reír sin límite.

675. Palabras que dibujan el rostro de sus personajes



800

IA



815. IA que interpretan música demasiado humana

Los críticos despedazaron en los medios a la orquesta de androides que interpretó el «Himno a la alegría» porque sonaba demasiado humana. El director de la orquesta se disculpó y juró reivindicarse. Para la siguiente función dio a conocer su *Sinfonía X8*7j4bZfk.07*, el «Himno a la lógica», que emulaba el enjambre de ruidos de los antiguos módems. El público androide ovacionó a la orquesta, según su tradición, con un aplauso de redonda, dos blancas y tres negras; luego, sucedió lo insólito: cinco aplausos, ocho, trece, veintiuno y así, cada vez más rápido, hasta que la frecuencia de aplausos fue tan alta que se volvió inaudible para cualquier ser orgánico: el mayor reconocimiento en la cultura de los androides, casi la emoción.

A Itzel Vargas

830. IA que resuelven controversias de pareja con sabiduría salomónica

Su esposo es una basura de ser humano, pero un prodigio en la cama; nadie la ha hecho sufrir ni gozar más que él; es una bestia en el mejor y peor de los sentidos. Lo ama con todo su cuerpo, pero lo odia con todo su ser. En otros tiempos, eso habría implicado un dilema filosófico, emocional y legal, pero gracias a las nuevas querellas digitales, sustentadas en lógicas difusas, una IA delimitó la frontera precisa entre el amor y el odio, la pertenencia y la libertad, con base en algoritmos. El juicio se realizó por internet y, después de ingresar los datos pertinentes, la resolución tardó 1.223 segundos. Su estatus marital quedó así: divorciada de él; casada con su pene.

900

Etcétera

998. Programas de televisión que incitan al suicidio masivo

El programa que incitaba a la gente al suicidio fue tan exitoso que en unos días alcanzó cero puntos de *raiting*.

Anexo

Símbolos del criptograma	Equivalencia en el alfabeto
@	a
∂	b
%	c
∫	d
€	e
$	f
Δ	g
Ω	h
¥	i
∑	j
=	k
ß	l
µ	m
#	n

≈	ñ
ø	o
®	p
≤	q
≥	r
÷	s
£	t
π	u
*	v
™	w
¢	x
µ	y
©	z